

el origen fenomenológico de la espacialidad de la naturaleza, la psicología en la crisis de la ciencia europea, y finalmente, explica el origen de la geometría como tensión y dilema histórico e intencional. Son más de setecientas páginas que revelan el interés del autor por comprender fonológicamente el mundo y su conformación.

Jaime Uribe Cortez
Universidad Intercultural del Estado de Hidalgo
México

LURI, Gregorio. *La imaginación conservadora*. Barcelona: Ariel 2019

Gregorio Luri es ya un autor conocido desde que en 2010 publicara *La escuela contra el mundo*, un ensayo en el que desmontaba las pedagogías constructivistas y señalaba una vuelta a determinados fundamentos tradicionales como la responsabilidad, el trabajo bien hecho, la educación del deseo, la conciencia del límite o la confianza en el profesorado como vía de acceso a la alta cultura. La educación, nos decía, «es una conquista segura de las lejanías» y como tal supone un esfuerzo por desarraigarse del conjunto de certezas de proximidad y acomodamiento, algo que conlleva cierta violencia pero que da la satisfacción de un diálogo fructífero con la tradición que precisamente es la que nos humaniza.

El discurso pedagógico no ha sido en las últimas décadas muy proclive a consolidar políticamente el valor de la tradición, de hecho, el leitmotiv ha sido la política de la oposición sistemática, a saber, es bueno todo aquello que se opone a la escuela tradicional sin realmente ofrecer una alternativa educativa consistente. La escuela y, en general, el sistema educativo que ahora conocemos ha jugado tanto con la autoridad del docente como con la de los contenidos hasta el punto de pretender prescindir de los mismos para centrarse en los procedimientos, cuando es evidente que, sin contenidos, aquellos son vacíos y sin posibilidad alguna de promover un cambio en la mente del educando. El valor de la tradición es que, lejos de ahogar la creatividad y expresión personal, la conforma, le da materiales para subsistir y perfilar un juicio autónomo porque la tradición no es otra cosa que participar de una diálogo que constituye la identidad del hombre en tanto que miembro de una politeia. Las sucesivas reformas han ido cercenando los fundamentos de una educación clásica progresivamente: primero eliminando paulatinamente las lenguas clásicas y sustituyéndolas por una diluida «cultura clásica», luego

disminuyendo el papel de la enseñanza de la filosofía hasta convertirla en una materia casi prescindible y, finalmente, dejando de lado las enseñanzas artísticas que desde hace mucho tiempo son vistas como un mero adorno educativo.

La educación, nos dice en el ensayo de 2010, tiene mucho de política y es precisamente de este tema del que trata la obra que aquí se reseña; la política entendida como politeia, es decir, «eso que permite que una comunidad política pueda vivir de sí misma» (p.83). En él, Luri perfila un contorno conservador que, lejos de ser reaccionario, pone el acento en la importancia de la prudencia antes que en el conocimiento. Este concepto me parece fundamental: la Modernidad ha incidido sobremanera en el denominado problema del conocimiento, frente al escepticismo que trata de combatir, se impone un conocimiento ideal que pretende someter la realidad. Sin embargo, la pantera que es la realidad, como señalaba Ortega en sus *Meditaciones del Quijote*, no es una fiera que pueda ser domesticada y transformada en amable gato doméstico. Ya lo señala al inicio de su libro cuando sostiene que la naturaleza no tiene otra forma de ser naturaleza que no sea «no dejar en paz a los que ha traído a la vida». El concepto de prudencia aparece en el ámbito de lo práctico, en efecto, para Aristóteles se trata de una virtud, eso sí, de una virtud dianoética; una virtud que es un hábito de pensamiento que se cierne sobre la acción del hombre en el mundo. El conocimiento es siempre perfectible y, por ello mismo, siempre revisable y no menos tentativo. Lo que el conservador pretende desterrar es la tiranía de la utopía moderna basada en la soberbia de la razón. Las realidades humanas son imperfectas, no es el mundo de los dioses, sino el de la incertidumbre en la que el juicio nunca es seguro pero sí puede ser prudente, así sostiene que «El conservador ve en cada problema una forma de encuentro de lo antiguo con lo nuevo y a lo que aspira no es a conseguir el recetario de las soluciones, sino a aplicar remedios temporales a problemas temporales y remedios politeicos a problemas politeicos» (p. 153). Lejos de buscar un ideal de conocimiento sobrehumano, aspira a una vida tranquila de certezas cotidianas y no por ello menos revisables. Si el saber está condenado a una precariedad, lo mismo que la educación a una menesterosidad, lo que necesitamos «es un saber menos precario» (p.164) pero no un saber omnipotente que con seguridad nunca vamos a alcanzar. De ahí que Luri recupere una idea que encontramos en Luis Vives, la prudencia frente a la ciencia

El escepticismo es el revulsivo con el que la Modernidad se pone en marcha, pero el socratismo aparece como mejor medicina en tanto que promueve una conciencia efectiva de los límites. El conservador convive con la duda, esa es la enseñanza socrática, y por ello no se arriesga temerariamente en las aventuras utópicas que rechazan lo viejo simplemente porque aceptan

que lo nuevo, por el mero hecho de ser nuevo, es mejor. Sócrates es una figura central en el pensamiento de Luri, a quien ha dedicado tres libros, entre ellos su *¿Matar a Socrates?* de 2015 con una reedición en ciernes. La conciencia del límite, la misma que incita la reflexión socrática, es también el remedio contra uno de los males de nuestro tiempo: la inmediatez irreflexiva que surge de una sociedad focalizada en el imperio del deseo. De ahí que éste se erija en tribunal de la realidad y que la reflexión más pausada sostenga que esa expresión de la contemporaneidad que se liga a conceptos tales como espontaneidad, autenticidad o autonomía esté condenada al más estrepitoso de los fracasos; la pantera, la fiera de la realidad no concede tregua alguna a los caprichos incautos, las fieras siempre pueden dar zarpazos fatales.

Deseo y autonomía son dos elementos capitales que, junto con la ya mencionada idea de prudencia, nos dan una idea de la reflexión que lleva a cabo Luri. La prudencia aparece como virtud conservadora— que no como virtud casposa o reaccionaria—, mientras que el deseo y la autonomía son los conceptos axiales sobre los que se esboza una importante crítica a la cultura febril en la que se sitúa la vida actual.

Los diagnósticos de nuestra época son muy variados. Freud publica *El malestar en la cultura* en 1930, el mismo año que Ortega publica *La rebelión de las masas*, ambos son testigos de una sintomatología de la contemporaneidad. Desde entonces los diagnósticos no han hecho sino aumentar, perfilar aquello que ya se dijo señalando el fin de la Modernidad con el discurso posmoderno —Lyotard—, su licuefacción —Bauman— su incompletud —Habermas— o el cansancio vital, la astenia moderna —Byung-Chul Han—. Sin embargo, no parece que se haya incidido en lo que desde Kant y desde la Ilustración ha sido considerado como una obligación moral por no decir la garantía de la misma moralidad: la autonomía. La autonomía, nos dice Luri, es «un concepto aparentemente claro» (p.128) para, acto seguido, recordarnos que «quien decide ser autónomo, toma su decisión desde fuera de la autonomía [...]. Si ya fuera autónomo no necesitaría serlo». Con la autonomía el ser humano cree emanciparse sin caer en la cuenta de que lo propio del ser humano es la relacionalidad que se manifiesta en los ámbitos de copertenencia. Así, frente al exceso de la autonomía que en su estado febril deviene una atomización del sujeto, el autor subraya el sometimiento a una razón común. Es ésta una idea que podemos encontrar en la misma tradición filosófica que engendra el ideal de autonomía pero hay una salvedad: una razón común no tiene por qué ser una razón desnuda, una razón pura, sino que puede ser vista como la pertenencia a una tradición, es decir, a una narrativa común. Ésta, en efecto «nos trasciende e impone ciertos límites» (p.191) pero no al modo de una lógica trascendental de un pretendido carácter atemporal e irrestrictamente universal, sino como una forma de vida compartida y no menos conformada históricamente que se

manifiesta en una confianza intergeneracional que arraiga en una determinada politeia. Esa misma idea de republicanism que ya trató en *Por una educación republicana* (2013) se repite aquí entendiendo la politeia o república como un ámbito de referencias comunes que da sentido a la vida de los individuos. Precisamente cuando ese sentido de la vida se pierde, cuando el terapeuta entra en escena o, de otra manera, cuando el malestar en la cultura del que hablaba Freud y que no era otra cosa que la neurosis se apodera del individuo es cuando la politeia ha entrado en crisis. Es el individuo atomizado y escindido, separado de su ámbito de referencias básicas y cuya única «cura» posible es la reconciliación con el drama de la escisión a través del amor, es decir, de la relacionalidad que conlleva una vida genuinamente humana que logra romper con la alienación del sujeto. La politeia en tanto que ámbito de sentido que se ancla en el mundo de la vida es la segunda naturaleza del hombre, aquella que es formulada como sistema de esperanzas u horizonte vital. El terapeuta, dice, debe reconciliar tanto al actor como al espectador, imponer una coherencia narrativa que ha sido fracturada o, lo que es lo mismo, restaurar el relato y, con ello, recuperar el sentido. El sujeto es, en consecuencia, un sujeto situado, no aislado, no es un sujeto narcisista, sino en permanente diálogo con las tradiciones comunes que constituyen, por así decirlo, el suelo de las creencias sobre las que crece y se desarrolla.

Hay otros dos aspectos que no pueden pasarse por alto: Por una parte, la idea de Europa, por otra, la idea de libertad. Ambas ideas constituyen indisolublemente los dos polos del largo proceso histórico que desemboca en el Occidente contemporáneo. Como se ha visto, la reflexión ha girado hasta ahora en torno a la problemática de un sujeto que se muestra menesteroso de arraigo, que frente a la utopía racionalista en la política, la misma que hace de ésta una pesadilla, reclama, al decir de Oakeshott, «la risa del presente a la dicha utópica», sin embargo, ese sujeto menesteroso y separado se ha desarrollado en el occidente europeo. Europa no es sólo un continente, es una idea. Como tal se apoya sobre tres pilares: Atenas, Roma y Jerusalén y se conforma a través del diálogo, de ahí que afirme que «Si hay algo sagrado en Europa no es un libro, sino el diálogo que los autores de nuestros grandes libros mantienen entre sí» (p. 225). La identidad europea se constituye como un complejo de tensiones que Luri condensa en los siguientes pares de opuestos: el deseo de proximidad y distancia; el derecho a alejarse y el deber de permanencia; Atenas y Jerusalén; las formas de cuidado del alma; el intelectual y el pueblo o las ideologías. Estas tensiones atraviesan toda nuestra historia y, como tales, no tienen una solución fácil, más bien ocurre que la tensión es el estado habitual de las cosas y, por ende, cualquier intento definicional antes que eliminarlas debe ponerlas de manifiesto. Muy bien podría hablarse de dialéctica, no creo que volver a este término, lo mismo de resonancias platónicas, que kantianas,

hegelianas o marxistas, haga daño alguno, todo lo contrario. Lo dialéctico subraya no sólo el conflicto, la agonía, sino que encuentra su lugar natural en el pensamiento y en el diálogo –dejaremos para otro momento la cuestión del ser. El diálogo ha sido tanto la posibilidad de una identidad como de una vida en común y de esa misma posibilidad ha emergido la gran idea de la Modernidad: la libertad y, con ella, la de un liberalismo que acertadamente examina el autor en relación con el conservadurismo en el penúltimo capítulo. Así, tras ajustar cuentas con Hayek, quien acusa al conservadurismo de ser una ideología oscurantista e inmovilista, alude al carácter esencialmente imaginativo que atribuye al conservadurismo. Éste, lejos de ser una ideología inmovilista, se presenta como una ideología abierta y nada soberbia. Lejos de lo que pudiera pensarse, el conservadurismo de Luri es ante todo una ideología prudente que subraya tanto la imposibilidad de encontrar algo así como el fin de la historia como el carácter tentativo de las diferentes teorías con las que nos enfrentamos a la realidad, pues éstas, dice, son elementos de la realidad, a la vez que sostiene que la realidad no cabe en ninguna de ellas completamente; frente a la soberbia epistémica no queda otra cosa que la humildad de la vida corriente.

El libro, además de lo ya mencionado, tiene una grandísima virtud y es que echa mano de algo muy raro en la producción española, lo que podríamos denominar un canon del pensamiento español por el que desfilan «los nuestros» constituyendo así un pensamiento de proximidad afín a las ideas que defiende. No pocos serán los lectores que quedarán perplejos ante la asamblea de voces patrias que logra convocar. Ninguno de ellos sobra, ni es ésta una estrategia más de un nacionalismo ramplón sino, antes bien, un intento de constituir un diálogo con la politeia que nos es connatural. El libro es un trabajo lúcido original y ameno que obliga a considerar a Luri muy seriamente si es que no se había hecho antes.

Andrés L. Jaume
Universitat de les Illes Balears

RAMOS, Iago y PADIAL, Juan José (eds.). *Dolor y Límites*. Número monográfico de *Contrastes. Revista Internacional de Filosofía*, vol. 23, núm. 3. Málaga, UMA Editorial, 2018, 200 pp.

Cuando hablamos de dolor, no nos referimos solamente al malestar físico que nos produce una herida, una lesión o un daño orgánico, sino que designamos un complejo proceso mental que, tanto por su dimensión fisiológica como psicológica, precisa ser estudiado también desde un punto de vista humano